

do de noche por la puerta del Desierto con un puñado de servidores fieles y embarcándose para Constantinopla. Le reservaba la suerte todavía combatir en Tesalia á un nuevo rebelde, al bajá de Janina, y vencerlo, recibiendo como recompensa de sus victorias el cordon por mano de los verdugos.

IX

Los únicos enemigos que se resistian á ceder á Mehemet-Alí fueron los mamelucos, milicia circasiana, tiranos feudales de Egipto; pero unas veces con negociaciones, otras con las armas, el hábil virey los doblgó, subyugó, engañó y condujo paso á paso al lazo que les tendia reuniendo sus quinientos begs ó jefes en el Cairo sin la menor desconfianza.

So pretexto de hacer una expedicion contra los wahabitas, tenia en la ciudadela un cuerpo de cuatro mil hombres, mandados por su hijo favorito, Tousoun Bajá. El viernes 1º de marzo 1811 debia este bajar con gran pompa á la ciudad para invocar en la mezquita la proteccion de Allah ántes de la salida de su ejército para Arabia. Todas las autoridades ci-

viles, religiosas y militares de Egipto estaban convidadas á subir á la ciudadela para acompañar al jóven bajá y á su ejército en la procesion á la mezquita. Los quinientos setenta begs mamelucos y sus jefes, Chaim-Beg (el elfy) débian subir á caballo con su séquito de kiayas, saijs, servidores y esclavos, es decir que la aristocracia circasiana toda entera estaba convidada á expiar su larga tiranía sobre egipcios, árabes y turcos.

Mehemet-Alí habia combinado su venganza con una astucia y misterio que favorecian la disposicion de aquellos lugares. La naturaleza le ofrecia el sitio mas á propósito para su carnicería. Un camino estrecho, de difícil subida, con salientes rocas por un lado y por el otro precipicios y casas cuyos terrados le dominaban enteramente, una especie de camino cubierto que vá desde el Cairo á las puertas y patios de la ciudadela que corona el monte Mokattan. El palacio del virey está dentro de la ciudadela, y el ejército de Tousoun-Bajá estaba sobre las armas en los cuarteles y patios.

Temiendo Mehemet que se divulgase la venganza de Egipto, no dió la órden de acuchillar hasta el último momento á un pequeño número de generales, á cada uno de los cuales seguia paso á paso un confidente mas instruido y mas resuelto á toda clase de

crimenes; desde la aurora se hallaban reunidos estos jefes á su vista y proximidad en su divan. La víspera habia promulgado él mismo el orden de la marcha: los scheiks, ulemas, mamelucos y los diferentes cuerpos del ejército debian descender procesionalmente desde la ciudadela á la mezquita del Cairo. Abrian la marcha los delis mandados por Toussoun-Alí, y seguian los genizaros, scheiks, magistrados, el clero y albaneses á las órdenes de su general Salih-Koch, cuerpo tan á propósito para ser verdugos como soldados; marchaban pues con entera confianza los mamelucos, montados en caballos cuyos arneses estaban llenos de pedrerías, y escoltados cada uno de un grupo de pajes, saijs y esclavos nubianos, lujo y fasto de sus casas. La infantería y caballería del ejército de Toussoun, con las armas cargadas, acompañaban cual la sombra invisible de la muerte, á aquellas tristes víctimas que no tenian el menor presentimiento de su suerte. El camino, practicado en la roca misma, presentaba salientes y enormes picos y continuos recodos, de manera que no pudiendo ir dos caballos de frente, ni podian maniobrar ni volver sus caballos, ni siquiera huir aquellos desventurados mamelucos precedidos, seguidos y dominados en aquel despeñadero del monte Mokattam.

Apenas habian salido de las puertas de la ciudadela para ocupar el sitio que se les habia asignado, cuando el general de los albaneses, Salih-Koch, mandó cerrar estas y dió la señal de muerte á la infantería que les seguía y á los albaneses que los precedian. Unos y otros saltaron del camino á las rocas y terrados de las casas que guarnecen la cornisa, escogiendo los sitios escarpados que eran inaccesibles á los caballos, y desde allí asesinaban uno á uno los mamelucos que dominaba el cañon de sus fusiles, llenando á su antojo el desfiladero de cadáveres de hombres y caballos, sacrificados sin poder defenderse ni huir de sus balas. A los primeros tiros que los diezmaron, los mamelucos intentaron vanamente volver sus caballos para meterse en la ciudadela. El corto espacio, la confusion, los caballos que saltaban, los cadáveres de estos animales no les permitian moverse; crece el fuego, aumenta la muerte, y precipitándose á tierra tirando las pellizas y sus sables para morir combatiendo; pero en vez de enemigos no encuentran mas que puertas cerradas, rocas inaccesibles, terrados cubiertos de soldados que bien parapetados los fusilan.

Su jefe, el elfy Chaim-Beg, fué uno de los últimos que cayeron al llegar á las puertas del palacio del Saladin. Todos los que respiraban aun fueron

decapitados por los albaneses, y sus cabezas formaron verdaderas pirámides en los patios. El cuerpo de Chaim-Beg fué arrastrado en el camino con una cuerda al cuello, cual el de un animal inmundo. La ciudadela é inmediaciones, dice un testigo, parecian un circo sangriento despues de un combate de gladiadores; todo estaba regado de sangre; los muertos obstruian el camino; los caballos, lujosamente enjaezados, palpitaban todavía tendidos al lado de sus amos inanimados; los saijs, servidores y esclavos que seguian á pié á los mamelucos, heridos por las mismas balas, espiraban cerca de ellos; las armas rotas, los caftanes teñidos de sangre empolvada, los turbantes y puñales con mangos de pedrerías, las fajas de cachemira, las pistolas adamascadas, cubrian el camino y pasaron á manos de los asesinos.

Un mameluco solamente, Amin-Beg, de los quinientos setenta, escapó por un milagro de audacia y merced al brio de su caballo árabe, á la muerte de la raza entera. Habiéndose detenido en los patios de la ciudadela por una casualidad y tratando de incorporarse á los begs que ya estaban en el desfiladero, vió con sorpresa que cerraron las puertas y oyó los primeros tiros y clamores de la venganza. Presagiando la muerte que le esperaba, midió con una rápida mirada la altura de la muralla de la ciudadela

por la parte ménos escarpada del monte Mokattam, llevó á su intrépido corcel al parapeto para que comprendiese el pensamiento y terror de su amo, alejose para tomar distancia, y volviendo al galope, salta el parapeto y foso, y cae desde una elevacion de sesenta piés en un estercolero que naturalmente favoreció la caída. Levanta su caballo á quien apénas habia aturdido el salto, vuelve á montarle, huye y desaparece, sin haber sido alcanzado, en el desierto, desde donde marchó al Alto-Egipto. Todavía enseñan hoy en la ciudadela del Cairo el parapeto, el foso y el abismo llamado el *Salto del Mameluco*.

X

Sentado Mehemet con aparente impasibilidad en su divan, escuchaba con ansiedad los rumores exteriores de la lucha, dudando, no del crimen, sino del éxito. Varias veces creyó oír á sus víctimas, salvadas por la compasion de sus verdugos, refluir sable en mano hácia su palacio para inmolarle á él. Su palidez, que notaron los que lo rodeaban, al oirse los

primeros tiros, revelaba sus angustias. Las primeras cabezas que arrojaron á sus piés le devolvieron el color, no la palabra. Un médico genovés, de su casa, felicitóle por su victoria diciéndole : « Es un bello « dia para Vuestra Alteza. » — « Dadme de beber, » respondió Mehemet-Alí, bebiendo mucha agua sin respirar, como para apagar una sed febril largo tiempo reprimida. Fué la única señal de emocion que dió áquel asesino de toda una raza. Desde aquel dia, el Egipto pertenecía á los turcos, y él consideraba al través del humo de la sangre el dia en que le pertenecería á él.

Aquella carnicería, ordenada por el sultan y premeditada con tanta astucia por el bajá, fué el preludio de la de los genízaros. Solo con el asesinato se purga la tiranía soldadesca fundada con él mismo. La anarquía es el camino del asesinato, y este el camino de la anarquía. ¡Desgraciados los gobiernos del sable!

El Cairo fué abandonado por espacio de dos dias al pillage y escesos de los soldados que habian asesinado á los mamelucos; su recompensa fué el saqueo de una capital. Mehemet-Alí no se atrevia á castigar á los que tan bien le habian servido. El cansancio y el goce de los crímenes fueron los únicos que despues de tres dias de robo, violaciones y muerte res-

tablecieron el silencio en el Cairo, la disciplina en el ejército.

XI

Un niño de diez y seis años, Toussoun-Bajá, precoz en talento y valor, dirigió la expedicion contra los wahabitas. Esta secta recibió su nombre y doctrina de Abd-el-Wahab, jefe del pueblo de Ayeyneh, cuya historia tiene mucha analogía con la del Profeta, fundador del islamismo; nacido, bajo la tienda de campaña de una tribu árabe, de un padre opulento para aquellas comarcas, enviado á Bassorah á fin de estudiar la religion y las letras árabes, de vuelta en su tribu mas instruido y fanático que sus compatriotas, animado de una sed ardiente de perfeccion moral para sí mismo y para el islamismo cuya pureza habia alterado tanto el tiempo, peregrino piadoso de la Meca y de Medina, donde iba á invocar sobre su cuna y tumba la inspiracion del Profeta, casado con una jóven de la tribu de Horeymia, expulsado de esta por sus importunas predicaciones contra los vicios de los musulmanes corrompidos,

recogido por Mohammed-ben-Sooud, jefe poderoso de la ciudad de Derreayeh, capital de una de las provincias mas apartadas de la Arabia, adoptado como reformador y como profeta por los árabes, vasallos de Ebn-Sooud y de Abdelazis, su hijo, Abd-el-Wahab habia muerto en Derreayed, á la edad de noventa y cinco años, dejando una secta para reformar el islamismo y un pueblo para defender y propagar su reforma.

Abdelazis, discípulo y soldado suyo, habia atacado la Persia, incendiado ciudades, conquistado la Meca, interrumpido las peregrinaciones, indignando con este sacrilegio á los mahometanos de la secta de Omar. Un persa fanático no vaciló en esponer su vida para vengar la tumba sagrada, cosiendo á puñaladas en plena mezquita á Abdelazis. El hijo y sucesor de este príncipe asesinado, Sooud luchaba con persas y turcos para vengar la muerte de su padre, á la cabeza de un ejército árabe de cuarenta mil wahabitas, y hacia temblar á Bagdad y á Bassorah. No pudiendo el sultan reprimir las agitaciones de la Arabia, habia ordenado á Mehemet-Alí que enviase el ejército de Egipto contra los Wahabitas. El virey del Cairo deseaba ardientemente distinguirse á los ojos de los turcos, egipcios y árabes, dispensando á los musulmanes aquel nuevo servicio. Esterminando

á los wahabitas y reconquistando la libertad de las santas peregrinaciones consagraria su nombre con el reconocimiento de los que profesaban el culto del Profeta.

Toussoun-bajá reconquistó lentamente á Medina y la Meca; mas era tanta la impaciencia de Mehemet-Alí para purgar el desierto de aquella secta armada que renacia de sus derrotas, que marchó en persona el 8 de marzo 1813, para la Meca, á la cabeza de un segundo ejército. El hijo de Abdelazis, Sooud, acababa de morir en su capital de Derreayeh á la edad de sesenta y ocho años, dejando un nombre venerado, un ejército numeroso, una ciudad que pasaba por inexpugnable y cuatro hijos para continuar su mision de reformador. Abdallah-ben-Sooud, su hijo primogénito, heredó el protectorado de los wahabitas.

La arabia entera fué transformada en un vasto campo de batalla. El ejército del bajá de Egipto, dividido en tres cuerpos, uno á las órdenes de su hijo Toussoun, otro á las de Hassan-Beg, su jefe mas experimentado, y el tercero mandado por él mismo, luchó por espacio de tres años con alternativas de grandes reveses y triunfos, contra los prosélitos intrépidos de Abd-el-Wahab.

Una paz tímida, ajustada con Toussoun-Bajá por

Abdallah-ben-Sooud, permitió al virey volver al Cairo, donde le esperaba una conspiracion de sus generales, á quienes disgustaba la disciplina europea que establecia entre sus tropas. Retirándose este en la ciudadela esterminó con su guarnicion á los conjurados, consiguiendo al fin armar y pacificar fuertemente á Egipto con su disciplina é instituciones calcadas en las de Europa. El monopolio del comercio de granos, que él solo esplotó arruinando así á agricultores y comerciantes, llenó las arcas de su tesoro. Su hijo querido Toussoun, murió de la peste en el Alto Egipto,

No tardaron los wahabitas en sublevar de nuevo la Arabia y así tuvo que mandar contra ellos á su hijo Ibrahim, nacido para la guerra, y que se ha hecho despues, bajo el nombre de Ibrahim-Bajá, célebre por sus victorias en Arabia, Grecia y Siria. Ibrahim marchó al través de los desiertos y montañas del Nedjed, sobre Derreayeh, centro y capital de los hijos de Wahab. Cinco ciudades distintas, pero rodeadas cada una de murallas, torres, bastiones, y fuertes avanzados, componian, bajo un nombre colectivo la capital de los wahabitas. Cinco meses de un sitio sostenido heroicamente por los sectarios, ébrios de fé, y gloriosos del martirio, no habian apurado la constancia de los sitiados, que contaban sin

duda con milagros, y los milagros en efecto correspondieron á su fé.

El 26 de mayo 1818 cayó sobre el campo de Ibrahim mientras rezaban las oraciones los wahabitas, un torbellino de viento de simoun, esa tempestad de los mares de arena; las tiendas de campaña cayeron sobre los fuegos é incendiándose llevaron muchos pedazos inflamados al depósito de pólvora situado entre dos colinas de arena á bastante distancia del campamento; la esplosion de cuatrocientos barriles de pólvora, de quinientas cajas de cartuchos, de miles de obuses y bombas cargadas, hizo caer por espacio de diez minutos una lluvia de fuego y de proyectiles en el campamento; los almacenes de cebada y trigo del ejército fueron consumidos y millares de cadáveres, hombres y caballos calcinados cubrieron la tierra como despues de una carnicería. Los wahabitas, testigos del desastre, aprovecharon la consternacion del ejército para atacar el campamento, pero fueron no solo contenidos sino rechazados al arma blanca.

Mostrándose Ibrahim superior á su fortuna, prosiguió el sitio y con las municiones y refuerzos que le llevaron cuarenta mil camellos desde el fondo del desierto, reunió bastantes combatientes y armas, para tomar por asalto, una despues de otra, las cuatro

ciudades que formaban el grupo de Derreayeh. Abdallah estaba en la última con solos quinientos negros nubianos.

Un francés, testigo del último día de Derreayeh, refiere así la extincion del foco de los wahabitas. Ibrahim se distinguió por su generosidad tanto como por su valor.

Despues de algunas horas, el mismo Abdallah, acompañado por doscientos de los suyos, se dirigió á la tienda de campaña de Ibrahim, á quien fué presentado por su dividar. Tenia este príncipe un exterior afectuoso y estaba sentado en un divan. Abdallah se acercó á él para besarle la mano, mas la retiró por modestia, haciéndole sentar al momento y preguntándole porque continuaba la guerra, puesto que el pueblo estaba dispuesto á someterse. « Así lo exigia « el destino, » respondió Abdallah : « Ahora está « concluida la guerra. »

« Si quereis defenderos todavía, » replicó el bajá, « os daré pólvora y municiones. »

« — No señor; Dios ha favorecido vuestras armas; « y no creais que vuestros soldados me han vencido, « Dios es el que ha querido humillarme. »

Y las lágrimas estaban á punto de humedecer sus ojos. Ibrahim trató de consolarle, diciéndole que muchos grandes hombres habian experimentado

tambien las vicisitudes de la fortuna. El jefe de los wahabitas pidió la paz y su vencedor le concedió todo lo que deseaba, excepto dejarle en Derreayeh; las órdenes de su padre eran enviarle á Egipto. Abdallah reflexionó un momento y pidió veinticuatro horas para dar una respuesta decisiva sobre el partido que tomaria. Despues del café, que le ofreció Ibrahim juntamente con la pipa, se levantó y salió de la tienda de campaña con el mismo ceremonial que habia observado al entrar. Su hijo Sooud, que habia sido hecho prisionero, le acompañó. El bajá tenia las mayores inquietudes sobre el resultado de esta conferencia, temiendo que aquel príncipe, cuyo poder concluia, huyese ó se suicidase ántes de decidirse, á partir para el Cairo. A tal extremo le ocupó este pensamiento, que no durmió en toda la noche, dando severas órdenes á los jefes de la caballería para que guardasen bien todas las avenidas.

En la corta entrevista que habia tenido con Ibrahim, Abdallah habia formado la mas favorable opinion de su persona, y esta disposicion de su ánimo contribuyó á iluminarle sobra la suerte que le estaba reservada. Sin duda alguna hubiera podido huir, montado en un buen dromedario, y aprovechando la oscuridad de la noche, pero temió que ultrajasen á su familia é incendiasen á Toureyf. Hizo pues una

accion heroica decidiéndose á partir para Egipto. Espiradas las veinticuatro horas, volvió de nuevo á la tienda de campaña de Ibrahim, el cual le recibió con las mismas consideraciones, preguntándole la resolucion que habia tomado, Abdallah le contestó que estaba decidido á partir, con tal que se le garantizase la vida. El príncipe le dijo que no podia disponer de la voluntad de su padre ni de la del sultan, pero que creia que ambos eran demasiado generosos para sacrificarle. Recomendóle Abdallah su familia y le rogó que no destruyese Derreayeh ni causase el menor daño á los que habian tomado las armas contra los turcos. Todos sus deseos fueron respetados, y recibiendo un pañuelo blanco, en señal de paz, volvió á Toureyf á fin de tomar sus disposiciones para el fatal viaje que iba á emprender. Varias veces tuvo que ir al cuartel general del bajá, y siempre le trató este con igual distincion.

Por fin, este príncipe demasiado confiado, hizo sus últimos adioses á su aflijida familia, y separándose con dolor de sus amigos y defensores, salió de su palacio acompañado de Sourry, su khaznadar, y de Abd-el-Aziz-ben-Selman, su secretario, los cuales fueron ambos asociados á su infortunio. Seguíanle además sus esclavos negros mas fieles. Tocando otra vez en la tienda de campaña de Ibrahim, despidióse

de este príncipe, recibió sus despachos para Mehemet-Alí y emprendió su marcha al través del desierto bajo la escolta de cuatrocientos hombres, mandados por Rochouan-Aga, que respondia de su persona.

Abdallah llegó al Cairo el 17 de noviembre de 1818. Fué conducido á Chobrá y presentado al virey, al cual besó la mano. Mehemet-Alí le hizo sentarse y mandó que sirviesen el café. En la conversacion que tuvo con este príncipe, le preguntó que pensaba del suceso que allí le habia llevado :

« Es la suerte de la guerra, » respondió Abdallah.

Mehemet-Alí deseaba conocer su opinion respecto á Ibrahim-Bajá, y así se lo declaró.

« Ha hecho su deber, » dijo Abdallah, « y nosotros « el nuestro : ¡ Así Dios lo ha querido ! »

El virey mandó que le diesen una pelliza de honor, y le destinó la casa de Ismail-Bajá, en Boulag. Durante la entrevista Abdallah tenia en la mano una cajita de marfil y preguntándole el virey lo que contenia, dijo que eran reliquias que su padre Sooud habia tomado en la tumba del Profeta. Abrióla y efectivamente tres magníficos manuscritos del Coran, guarnecidos sus cubiertas de rubies, trescientas perlas de muy buena dimension y una esmeralda á la cual estaba sujeto un cordon de oro. Mehemet-Alí

le manifestó que habian sido tomados muchos otros objetos en la tumba.

« Es cierto, » dijo Abdallah; « pero mi padre no « tomó mas que una parte de ellos; otros fueron « vendidos á pública subasta y no pocos repartidos « entre los scherifes de la Meca, agas y scheikes de « árabes. »

« Recuerdo, » replicó el bajá, « que tenia objetos « análogos el scherif Ghaleb. »

Al mismo tiempo mandó poner su sello encima de la caja y haciendo otro tanto Abdallah, el virey le dijo que la conservase con todo esmero para entregarla á la Sublime Puerta cuando llegase á Constantinopla, para donde debia marchar inmediatamente.

Despues de la conferencia, el virey bajó á su *cange* que le esperaba, é hizose á la vela para Damietta. El 19 marchó Abdallah á Constantinopla, escoltado por tártaros y acompañado por Sourry, su khaznadar, y Abd el-Aziz-ben-Selman su secretario. El virey habia pedido su perdon, pero la política del divan fué implacable. Abdallah fué pues sacrificado al resentimiento de un pueblo fanático, y despues de haberle paseado tres dias por la ciudad, decapitado en la plaza de Santa Sofía, con sus compañeros de infortunio.

Victoria vergonzosa respecto á un vencido á quien

una capitulacion garantizaba contra aquel suplicio. Los wahabitas murieron no como secta, sino como faccion armada con él. Su puro deismo, su dogma ascético, su moral limpia de toda sombra de supersticion, viven todavía bajo las tiendas del nedged, en las profundidades del desierto y debajo las ruinas de Derreayah.

XII

La guerra contra los wahabitas, la exterminacion de los mamelucos, el ejército, la flota, la administracion egipcias, iguales en un todo á las instituciones de un vasto imperio, habian transformado al *tendero de tabaco* de la Cavala en un príncipe nominalmente sometido al divan, pero en realidad sobrado poderoso para ser vasallo. Con la pácienza y longanimidad que le daban los presentimientos de su larga carrera, Mehemet contemporizaba con su ambicion y mostrábase dispuesto siempre á obedecer al sultan, con tal que este no le pidiese nunca el Egipto.

Por su parte Mahmoud acostumbrado, por el ejem-

plo de sus antepasados, á no sondear muy profundamente la fidelidad de sus bajás, contentábase con el zelo que afectaba Ibrahim para servirle, disponiendo de sus tesoros y ejércitos en todas las crisis de su reinado. Acercábase la hora en que el sultan Mahmoud debia recojer el fruto de esta política, sirviéndose del vencedor de los árabes contra los griegos.

LIBRO TRIGÉSIMO OCTAVO

I

Hay misterios en moral como los hay en religion. El derecho de insurreccion de un pueblo contra los usurpadores antiguos ó recientes de su territorio y de su nacionalidad es uno de estos misterios. ¿En qué dia es un crimen? ¿En qué dia es una virtud? ¿Hay prescripcion del tiempo contra la libertad? ¿Hay desuso del derecho de existir ó de revivir? La conciencia y la religion sellan acaso para siempre jamás la piedra del sepulcro sobre una raza viva todavía ó